

IV

Las opiniones de los departamentos se dividieron con la muerte de Luis XVI. La Vendée, cuyas sublevaciones referirémos bien pronto, halló en aquel acontecimiento la desesperacion que impulsa á los pueblos á la guerra civil. Calvados, los Cevennes y la Gironda participaron de la indecision, del entusiasmo, del patriotismo y de los arrepentimientos de sus representantes; pero la noticia de la guerra ahogó bien pronto las recriminaciones recíprocas, realizándose las profecías de Salles, de Brissot y de Vergniaud. Europa, atraída por las doctrinas de la libertad, retrocedía á la vista del cadalso de un rey, y juzgaba este suplicio con la imparcialidad de la distancia. Las negociaciones, tan hábilmente principiadas por Dumouriez, Brissot, Danton y el ministro Lebrun, y tan perfectamente acogidas por Prusia, se cortaron, ántes de estar del todo anudadas, por el hierro de la guillotina.

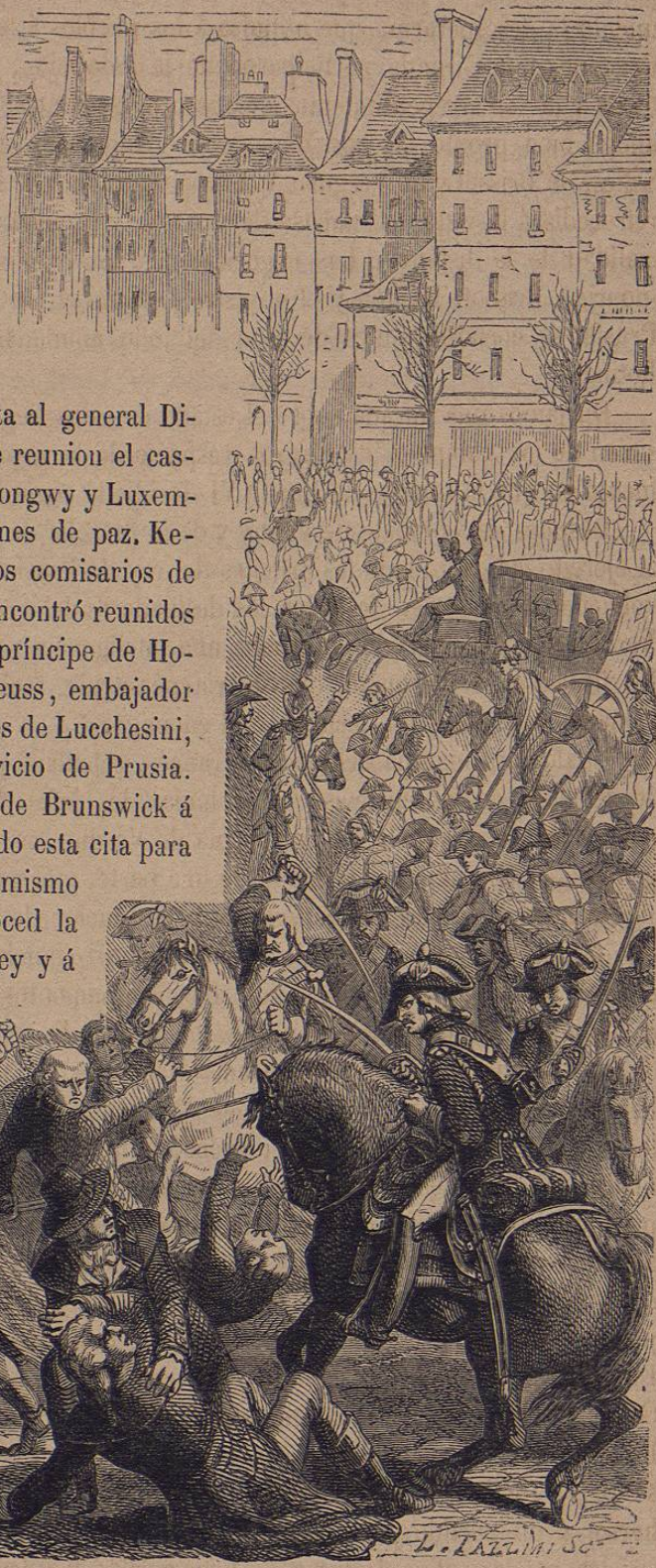
Dirijamos una mirada sobre el estado de estas negociaciones y sobre la disposicion de los gabinetes de Europa respecto de la revolucion francesa, en el momento en que la muerte de Luis XVI decidió la segunda coalicion.

Después del combate de Valmy y de la marcha de Dumouriez á Paris, dejamos al ejército coligado, bajo las órdenes del rey de Prusia y del duque de Brunswick, volviendo á repasar en desórden los desfiladeros del Argonne, y replegándose sobre Verdun y Longwy. Todo anunciaba una inteligencia secreta entre los prusianos y los franceses. Kellermann, que queria perseguir, recibió dos veces de los comisionados la orden para dejar paso al enemigo.

Cualquiera marcha del ejército frances, calculada por la del ejército prusiano, se señalaba en las entrevistas que tenian los jefes de los cuerpos opuestos. Se entabló una conferencia á media legua de Verdun, en medio del campo, entre los generales Labarolliere y Galbaud de una parte, y el general Kalkreuth y el duque de Brunswick de otra. El motivo era la restitucion de Verdun sin combate al ejército frances. Nuestros generales tuvieron la arrogancia de una causa nacional; el alma de la Convencion habia pasado á los campamentos. «¡Nacion admirable!—dijo el duque de Brunswick.—Apénas se ha declarado república, toma ya el lenguaje de los republicanos de la antigüedad.» Habiendo contestado Galbaud que los pueblos se pertenecian, y podian escoger el gobierno que los engrandeciese más ó que los defendiese mejor, el duque se excusó humildemente de los términos de su manifiesto, y dijo que eran protocolos de amenazas que se arrojaban á los pueblos para intimidarlos ántes del combate, pero cuyo valor apreciaban los hombres inteligentes. «No disputo de ningun modo á la nacion francesa—continuó—el derecho de arreglar sus negocios; sólo pregunto: ¿ha escogido la forma que conviene mejor á su carácter? Ved ahí la inquietud y la duda de Europa. Al adelantarme en Francia, no tenia otro deseo que el de contribuir á restablecer en ella el orden.» Galbaud respondió que el orden establecido por un extranjero se llama servidumbre en todos los pueblos. Se convino en esperar las órdenes del rey de Prusia sobre la rendicion de Verdun. Se sacrificó mutuamente á los emigrados, por horror á un partido y por sospecha á otro. «Continuad ambos en servir bien á vuestra patria,—dijo el duque de Brunswick á los dos generales al separarse de

ellos,—y creed que á pesar de los términos del manifiesto, no se puede ménos de apreciar á los guerreros que aseguran la independenciam de su país.» Verdun fué entregado, y entró el general Valence. En la altura de Longwy, los de Hesse y los austriacos, que hacian parte del ejército combinado, se separaron de los prusianos, y marcharon sobre Luxemburgo, Cöblentza y los Países-Bajos, amenazados por Dumouriez. La coalicion quedaba disuelta de hecho, y el territorio frances evacuado.

Esto no era bastante. El duque de Brunswick, que se encontraba acampado cerca de Luxemburgo, hizo pedir una entrevista al general Dillon, y señaló como sitio de reunion el castillo de Dambrouge, entre Longwy y Luxemburgo, para oír proposiciones de paz. Kellermann, autorizado por los comisarios de la Convencion, fué allá, y encontró reunidos al duque de Brunswick, al príncipe de Hohenlohe, al príncipe de Reuss, embajador del emperador, y al marqués de Lucchesini, diplomático italiano al servicio de Prusia. «General,—dijo el duque de Brunswick á Kellermann,—os hemos dado esta cita para hablar de paz; sentad vos mismo las bases de ella.» «Reconoced la república, abandonad al rey y á



Tentativa de liberacion del rey.—Pág. 300.

los emigrados, no os mezeleis ni directa ni indirectamente en nuestros asuntos interiores, y la paz será muy fácil», —respondió Kellermann. «Pues bien, —dice el duque, —nosotros nos retiraremos.» «Pero ¿quién pagará los gastos de la guerra?—preguntó con arrogancia Kellermann.—Porque yo creo que habiendo el emperador sido el agresor, los Países Bajos austriacos deben indemnizar á Francia.» El príncipe de Reuss, enviado del emperador, hizo un movimiento que indicaba la admiración que le causaba tanta audacia. El duque de Brunswick fingió no notarlo. «Anunciad á la Convención—dijo á Kellermann—que estamos dispuestos á la paz, y que puede nombrar plenipotenciarios y señalar el punto de las conferencias.»

Semejantes proposiciones, despues de la humillación de una retirada, y respecto de una nación separada de toda la diplomacia, indicaban bastante de parte del rey de Prusia el arrepentimiento de una demostración temeraria, y el pensamiento de hacer alianza con la república. Su ministro Haugwitz, su secretario íntimo Lombard, su querida la condesa de Lichtenau, y Lucchesini sobre todo, que tenía en los consejos toda la gracia del cortesano y toda la insinuación de la astucia, le inclinaban de concierto al partido de las negociaciones, que son el campo de la intriga. Lucchesini, cada vez más influyente en Prusia, y que tenía el genio de la diplomacia italiana, debía buscar las ocasiones de ejercerla. Si el gabinete austriaco tiene la paciencia germánica por carácter, el maquiavelismo, transportado en Alemania por Federico, ha sido con frecuencia el genio del gabinete prusiano. Lucchesini, nacido en Toscana, educado en Berlín, acostumbrado desde la infancia á los disimulos de la diplomacia, dotado por la naturaleza del deseo de agradar y seducir, era el hombre mejor preparado por las circunstancias para mezclarse entre una revolución republicana y las monarquías, y para anudar los hilos del egoísmo prusiano á todas las políticas, sin entregarse definitivamente á ninguna.

Estas negociaciones atestiguaban el terror que había infundido en toda Alemania la retirada del ejército combinado. Esta retirada delante de fuerzas tan desiguales y despues de manifiestos tan amenazadores, no podía explicarse por sí misma, pareciéndose más á un manejo de gabinete que á una operación de guerra. De dos cosas una: era necesario dudar del genio militar del duque de Brunswick, ó de su sinceridad. De lo primero no se dudaba; se buscaban las causas ocultas de sus agitaciones y de su lentitud, demasiado parecidas á la traición. Un motivo más serio y más oculto aún parecía que había obrado en las inexplicables resoluciones del duque de Brunswick. Pitt no quería la guerra, y el duque se había casado con la princesa Augusta, hermana de Jorge III, rey de Inglaterra; por lo tanto, era un cliente de la Gran Bretaña. Aspiraba, con la pasión de un padre y con la ambición de un soberano, á que su hija se casase con el heredero del trono de Inglaterra. Pitt, que conocía aquella ambición de la corte de Brunswick, la aduló é hizo que aquel matrimonio fuese el precio de las complacencias políticas y militares á voluntad del gabinete de Londres. El duque cedió, detuvo la marcha de la guerra, dió oídos á la paz, desanimó al rey de Prusia, y vino á ser él mismo el Ulises de la coalición, que le había nombrado su Agamenon. Sus astucias perdieron lo que su espada había prometido hacer triunfar.

V

Entre tanto que estas sordas negociaciones desconcertaban al Austria y preparaban la Alemania del Rin á la idea de fraternizar bien pronto con Francia, la temeridad feliz pero importuna de un general francés vino á la vez á cubrir de gloria las armas republicanas, á asustar á Prusia y á forzar al imperio, aún indeciso, á declarar la guerra á Francia: queremos hablar de la expedición de Custine.

El conde Adam Philippe de Custine era uno de esos generales del antiguo ejército que habían ido á respirar en América el aire de la libertad, y que habían vuelto con Lafayette, republicanos de corazón, aunque aristócratas de sangre. Casi alemán, nacido en Metz de una familia ilustre, propietario de una inmensa fortuna, coronel de dragones á los veintiún años, discípulo del gran Federico en sus últimas guerras, fanático por la táctica prusiana, celoso hasta la aspereza de la disciplina, había visto con embriaguez que la revolución, dividiendo á Europa en dos campamentos, ofrecía á los militares de su grado y de su ciencia la ocasión de igualarse á los héroes antiguos, salvando la patria. Además, Custine tenía por la causa republicana aquel entusiasmo casi místico que el carácter alemán imprime á las opiniones. La revolución para él era un ideal sublime al que todas las naciones debían aspirar, siendo muy bello para Francia llevar la bandera en la punta de sus bayonetas. Su valor personal tenía á la vez la calma germánica y la alegría francesa. El fuego era su elemento, el caballo su lecho de descanso, la carga su reposo. Un día que su ayudante de campo Baraguay d'Hilliers, á caballo á su lado, le leía un despacho en medio del fuego, una bala atraviesa el papel. El ayudante mira á su general y se detiene. «Continuad, —dice Custine; —la bala sólo habrá llevado una palabra.»

Custine, nombrado miembro de la Asamblea constituyente por la nobleza de Metz, se afilió desde el primer día en el partido del pueblo. Desde el principio de la guerra sirvió á las órdenes de Biron en el Norte y en el Rin. Nombrado por fin general en jefe despues del 10 de Agosto, se impacientaba con aquella guerra de campamentos, que daba tan poco vuelo al talento y tan pocos azares á la gloria. Creía que el movimiento era lo principal del arte militar, y que en lugar de esperar la fortuna de la revolución en las fronteras, Francia debía ir á tantearla en los territorios y en las capitales de sus enemigos. Nacido general como Dumouriez, adivinaba como Napoleon la guerra de la revolución.

Mandaba Biron en Alsacia cuarenta y cinco mil hombres, y esperaba además veinte mil voluntarios de los departamentos del Este y del Mediodía, diseminados en las llanuras del Rin. Este ejército formaba muchos pequeños campamentos á propósito para observar, pero inhábiles para obrar. Los austriacos y los emigrados, á las órdenes de Erbach, de Estherhazy y del príncipe de Condé, formaban enfrente un cordón sin unidad y sin concentración, que cubría el Brisgaw, y descuidaba fortificar á Maguncia, llave de Alemania.

Custine vió de una ojeada el sitio por donde podía penetrar en aquellas provincias. Estaba acampado en las inmediaciones de Landau con diez y siete mil hombres. Unido en París con los jefes del partido jacobino, mientras que Dumouriez se apoyaba en el de los girondinos, estaba seguro de que los clubs le perdonarían

fácilmente la temeridad de una empresa que respondiese á su impaciencia, más que las calculadas contemporizaciones de Dumouriez. No se inquietó por desconcertar de este modo las negociaciones que se anudaban entre Kellermann y el duque de Brunswick, ni de impulsar á Prusia á una guerra desesperada en el momento en que se inclinaba á la paz. Pensó en un golpe brillante, en la gloria que el feliz éxito de una invasion repentina daría á su nombre, en la popularidad que la toma de algunas capitales extranjeras daría á la guerra, en el terror que un golpe dado tan léjos imprimiría en el centro de Alemania, y en la propagacion de las ideas revolucionarias que fermentaban en los electorados, y que encendería el primer cartucho frances.

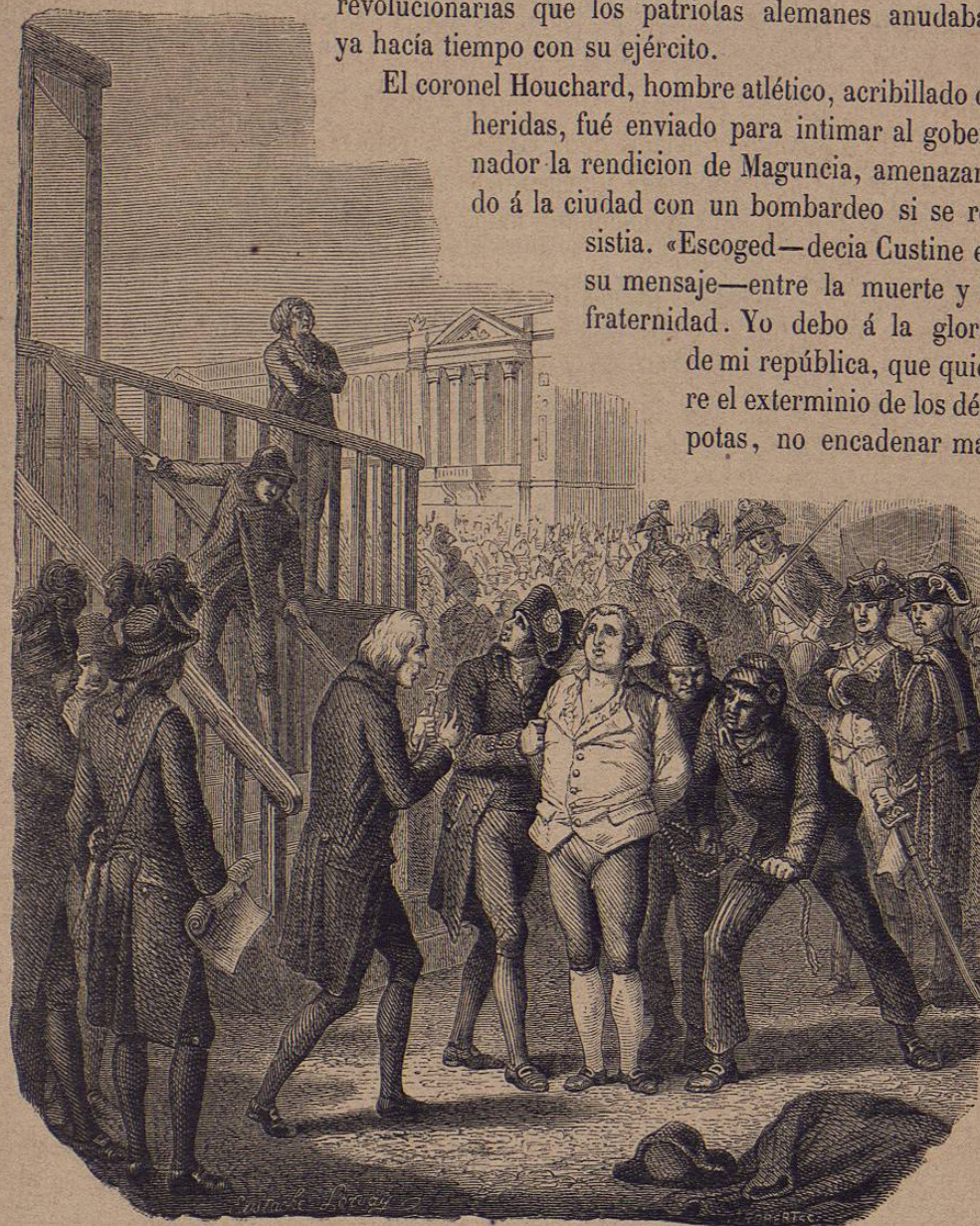
Una imprudencia del enemigo decidió á Custine. El conde de Erbach, que mandaba diez mil austriacos enfrente del ejército frances, recibió la orden de reemplazar el ejército del príncipe de Hohenlohe, que estaba delante de Thionville. Con este movimiento, Spira, almacén de los coligados, quedaba descubierto, bajo la protección de sólo mil austriacos y de dos mil maguncianos mandados por el coronel Winkelmann. Custine se lanza sobre Spira, y Winkelmann, formado en batalla con sus tres mil hombres delante de la ciudad, se esfuerza en vano por defenderla. La artillería de Custine anonada aquellos defensores sin murallas, y corren en derrota hácia el Rhin, donde Winkelmann habia preparado embarcaciones por pasar el rio. Los barqueros, asustados con el cañoneo, habian abandonado sus barcas y huido al otro lado. Acosados por los franceses, y sin poder pasar el rio, son hechos prisioneros Winkelmann y sus tres mil hombres; éste era el resultado más bello que la guerra habia dado á los franceses desde que se habia declarado. Custine entra en Spira, se apodera de las municiones y de cuanto tenia allí el enemigo; marcha sobre Worms, y hace que resuene el ruido de sus conquistas en la tribuna de la Convencion y en los clubs de los Jacobinos de todo el reino. La revolucion, que comprende mejor el número de las ciudades conquistadas que los vastos y sabios planes de Dumouriez, proclama á Custine el general de sus conquistas. En tres días su nombre aumenta un siglo de popularidad, y se embriaga él mismo con la noticia, que le llega por las felicitaciones de los jacobinos. Desdeña obedecer ó ligar sus operaciones con Biron y Kellermann; se aísla, entra en el Palatinado, y se atreve á concebir la conquista de Maguncia, cuyas puertas le abría la propaganda ántes que su cañon.

Estaba minada aquella parte de Alemania por la filosofía francesa, bajo el influjo de los príncipes eclesiásticos que la poseían. La teocracia de los obispos soberanos y la aristocracia de estas feudalidades sagradas acumulaban sobre aquellos gobiernos el doble odio de los pueblos contra una doble dominacion. El estruendo de las tribunas francesas habia conmovido las imaginaciones de la juventud alemana en las universidades, donde todas las ideas eran del partido de Francia. Servir la causa de la revolucion era para los pensadores alemanes servir la causa de la humanidad. Hacer traicion á los príncipes, tiranos de la inteligencia y del pueblo, era emancipar el espíritu humano y la libertad. Ni la conquista humillaba, porque se parecía á dar la libertad. La bandera tricolor era el estandarte de la filosofía en todo el universo; tal era la opinion que esperaba á Custine en el Palatinado.

Los príncipes de la Suabia y de la Franconia, exceptuando el arzobispo de

Tréveris, conocian aquellas disposiciones de sus pueblos, y habian afectado hasta entónces una prudente neutralidad respecto de Francia. El elector palatino de Baviera, el duque de Wurtemberg y el margrave de Baden habian rehusado sus territorios para que se reuniesen los emigrados. El arzobispo elector de Maguncia habia prestado su tropas al emperador, y su gobierno, más dulce que el de los príncipes sus vecinos, era ménos detestado del pueblo; pero Maguncia, ciudad enteramente eclesiástica, especie de Roma alemana, en donde un innumerable clero vivia ocioso en medio del lujo y del desórden público de las costumbres, se prestaba más que cualquiera otra capital á las recriminaciones contra el reino de la Iglesia, y hacía desear con más ardor al pueblo la ruina de aquella soberanía. A los primeros pasos que dió Custine entre el Mosela y el Rhin, los partidarios de las nuevas ideas corrieron al cuartel general, llevando al comandante en jefe frances el secreto deseo de las poblaciones y los primeros hilos de las inteligencias revolucionarias que los patriotas alemanes anudaban ya hácia tiempo con su ejército.

El coronel Houchard, hombre atlético, acribillado de heridas, fué enviado para intimar al gobernador la rendicion de Maguncia, amenazando á la ciudad con un bombardeo si se resistía. «Escoged—decia Custine en su mensaje—entre la muerte y la fraternidad. Yo debo á la gloria de mi república, que quiere el exterminio de los déspotas, no encadenar más



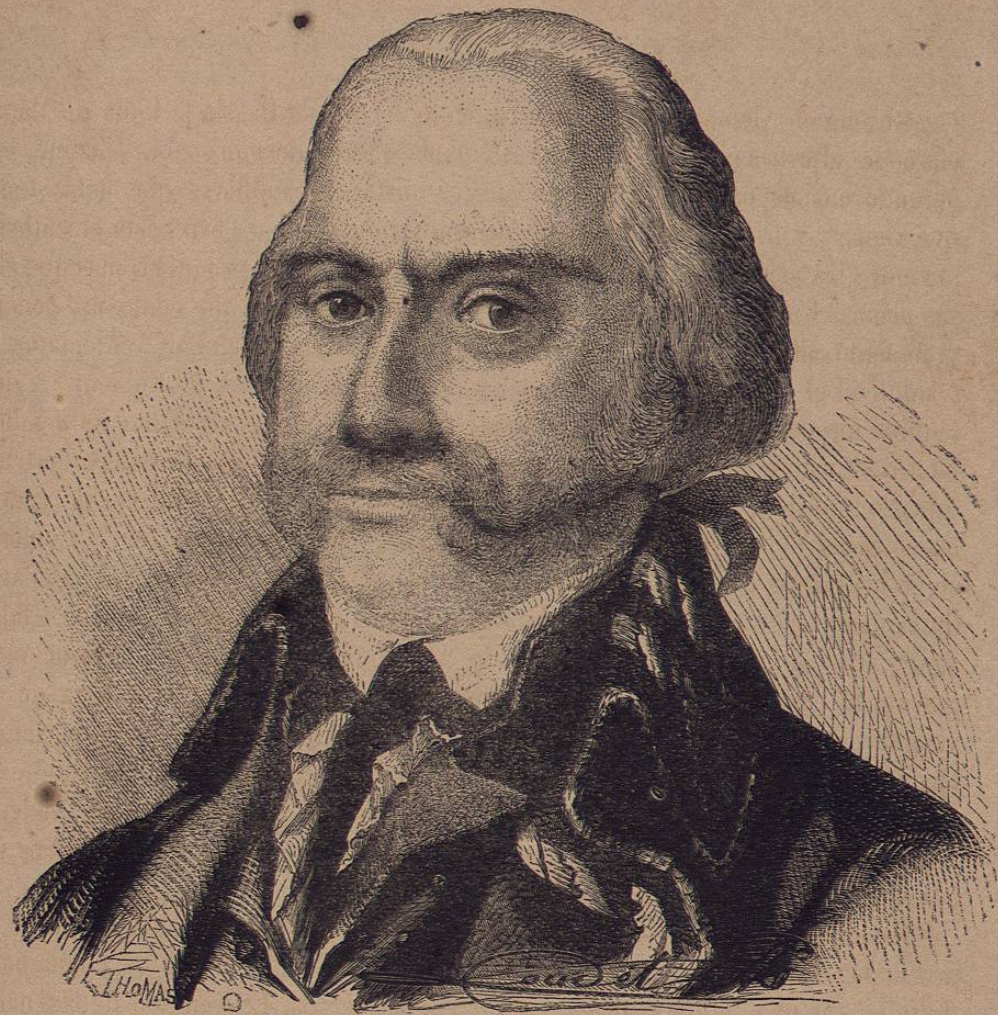
Luis XVI al pié del cadalso.—Pág. 311.

el ardor de mis soldados.» Maguncia pedía se reconociese su neutralidad por precio de su rendición. Custine se negó á prejuzgar nada de lo que resolviese la república, pero juró que Francia no quería otra conquista que la de la libertad de los pueblos, y las puertas se abrieron.

VI

Resonó en Alemania y en el campamento del rey de Prusia la toma de Maguncia como el estruendo de la misma Alemania que se desmoronaba. Custine, exagerando en sus partes á la Convencion los obstáculos militares que habia tenido que vencer, y transformando las negociaciones en asaltos, llevó hasta el entusiasmo entre los jacobinos un triunfo que era el de nuestras ideas mucho más que el de sus armas. Entró en Maguncia más bien como un apóstol que como un general, y fomentó allí el foco revolucionario con que quería incendiar á Alemania. Se olvidó con el triunfo de su conquista, y descuidó apoderarse de Coblenza y de la temible fortaleza de Ehrenbreitstein, que estaba entonces desarmada. Esta indecision de Custine impidió á Francia que recogiese en un ejército entero destruido ó prisionero de guerra el fruto del pensamiento de Dumouriez. En vez de ceder á los consejos de su estado mayor, que le mostraba á Ehrenbreitstein y Coblenza como las hocas caudinas de la coalicion, Custine se dejó arrastrar á la ocupacion de Francfort por el cebo de los grandes tributos que recogeria en aquella ciudad, capital de las riquezas comerciales de Alemania. Sin ninguna declaracion de guerra, el teniente de Custine se presentó el 22 de Octubre á la cabeza de una vanguardia á las puertas de Francfort, y pidió entrar. Los magistrados parlamentaron, cedieron á la fuerza, y Custine pidió una contribucion de cuatro millones. Francfort, ciudad neutral y republicana, no daba más pretexto á aquella violencia que su debilidad. Aquellos despojos marchitaron la popularidad de nuestros primeros triunfos al otro lado del Rin.

Después de la ocupacion de Francfort, Custine envió sus destacamentos y sus proclamas contra las posesiones del landgrave de Hesse. «Pueblos de Alemania,—decia en sus manifiestos el general frances,—declaraos. La reunion de las naciones sea un ejemplo aterrador para todos los déspotas, y una consoladora esperanza para todos los pueblos que gimen bajo el yugo de la tiranía. Y tú, monstruo,—dice dirigiéndose al soberano mismo,—monstruo sobre quien se habian reunido desde hace mucho tiempo, semejantes á nubes negras, presagios de la tempestad, las maldiciones de la nacion alemana: tus soldados, de quienes has abusado, te entregarán á la justa venganza de los franceses. No les escaparás. ¿Cómo sería posible que se hallase un pueblo que concediese asilo á un tirano como tú?» Era la tribuna de los Jacobinos, resonando al otro lado del rio por la boca de un general frances. Custine, con su audacia, con su lenguaje, con su exterior marcial y popular, se miraba como el propagador armado de los principios republicanos; pero la expoliacion de Francfort quitaba á sus palabras todo lo que tenian de seductoras. Alemania, que abria sus brazos al libertador, no queria un conquistador y ménos un expoliador. El entusiasmo encendido por las doctrinas francesas se amortiguó bajo los piés de los soldados. El rey de Prusia, justamente alarmado por la invasion de Alemania, renunció con todo ahinco el pensamiento



CUSTINE.